

¿Qué título le va bien?

Y. G. Cardona



Capítulo 1

Estaba tirada en mi cama doble, entre dormida y despierta con la sábana enrollada en una esquina, y el edredón por debajo de los omoplatos y por encima de las pantorrillas. Tenía las manos dobladas debajo de mi cabeza a función de almohada. Las cortinas estaban cerradas y solo la luz del despertador iluminaba mi alcoba.

Sentía en mi vejiga un cosquilleo que me indicaba la necesidad que tenía de ir al baño, la misma necesidad que llevaba ignorando por más de diez minutos. Nada había hecho que me pusiera de pie esa calurosa mañana del mes de agosto, hasta que el maldito teléfono sonó. Puse la almohada sobre mi cabeza para tratar de ignorar el fastidioso sonido que perturbaba mi intento de seguir durmiendo, a pesar de que eran las once Am; pero no lo logré. Luego de cuatro llamadas más que también fueron ignoradas, me levanté arrastrando los pies, y fui hasta la pequeña mesa, donde estaba el pequeño teléfono, que arruinada mi pequeña existencia, y tomé la bocina sonante, con los ojos cerrados.

-¿Si? –contesté mientras trataba de despertarme por completo.

-¡Por fin contestas! –dijo la voz al otro lado de la línea.

-¿Quién es? –pregunté buscando a tientas el interruptor de la luz.

La voz se quedó en silencio por unos segundos.

-¿Acaso te has olvidado de tu novia? –preguntó con voz quebrada.

Camelia... ¿Cómo pude ser tan tonta? ¡Debí imaginarlo!

-¿Por qué no me dijiste que ibas a mudarte? –preguntó con irritación.

Respiré profusamente y me senté en el suelo.

-Yo también estoy muy bien –contesté con ironía-, gracias por preguntar.

-¡No bromees! ¿Pensabas decirme cual era tu nuevo número?

-El clima está muy caluroso, pero supongo que no puedo quejarme –la ignoré de nuevo.

Respiró con brusquedad.

-¿Sabes cuánto tiempo llevo tratando de llamarte? ¡Más de dos horas antes de poder conseguir tu número actual!

-Saludos para ti también, no me llames, yo te llamo.

Retiré la bocina dispuesta a colgarle, pero ella no parecía estar de acuerdo.

-No me gusta que cuando yo te llamo, siempre ignoras lo que digo, y luego me cuelgas.

Maldije en silencio.

-Hay muchas cosas que no nos gustan, y sin embargo, tenemos que vivir con ellas.

-Pero esta, en particular –dijo-, es tu culpa.

Ella sabía cómo sacarme de mis casillas, lo sabía y le encantaba hacerlo.

-No sabes lo dices –murmuré tratando de mantener la compostura.

-Oh, sí que lo sé, y puedo hacerte una lista de todo lo que tú haces y que a mí no me agrada. No me gusta que me ignores, no me gusta que huyas de mí, no me gusta que duermas tan mal, no me gusta que maldigas...

Mi paciencia llegó a su fin.

-¡Y a mí no me gusta que te hayas ido cuando te rogué que te quedaras!
–dije con enojo.

-Yo siempre estoy contigo, nunca te he dejado sola –murmuro con calma.

-Pero no estás aquí a mi lado –mi voz se tornó triste-. De la única manera que me acompañas, es cuando te metes en mi mente, y me haces creer que está sonando el maldito teléfono, para que lo conteste y hable a una línea inexistente, creyendo que se trata de ti, cuando tu llevas más de un año muerta. Pero dime, ¿te gusta eso?

Colgué el teléfono y volví a la cama.